

June suspiró y se apartó el pelo de los ojos automáticamente mientras marcaba su libro de geometría con un dedo y miraba a Dubby través de la puerta del comedor, que yacía en el sofá del salón.

—Dubby, por favor —suplicó—. Le prometiste a tu madre que estarías callado esta noche. ¿Cómo puedes recuperarte de tu resfriado si saltas haciendo tanto ruido?

Los ojos febriles de Dubby miraban desde detrás de sus rodillas cubiertas por una tienda de campaña, donde sostenía un camión de hojalata que golpeaba con una guitarra de juguete.

—Estoy callado, June. Es la camioneta la que hizo el ruido. ¿Ves? —Y volvió a golpearla.

La guitarra se astilló explosivamente y Dubby parpadeó, sorprendido.

Estaba vacilando entre lágrimas por la destrucción y una risa complacida por el terrible ruido que hizo. Antes de que pudiera decidir, comenzó a toser, una tos fuerte, profunda, que sacudió su pequeño cuerpo sin piedad.

—Ya es suficiente, Dubby —dijo June con firmeza, despejando el sofá de juguetes y estirando las sábanas con una mano experta—. Tienes que ir a tu habitación en solo quince minutos de todos modos, o ahora mismo si no te calmas. Tu madre llamará a las siete para ver si estás bien. No quiero tener que decirle estás portándote mal. Ahora lee tu libro y cállate. Tengo trabajo que hacer.

Hubo un breve silencio roto por los sollozos de Dubby y el lápiz de June corrigiendo. Entonces Dubby comenzó a cantar:

—¡DUBBY! —llamó June, frunciendo el ceño sobre su libro.

—Eso no es hacer ruido —protestó Dubby—. Es cantar una canción —la tos lo atrapó a mitad de la frase y June se ocupó de proporcionarle pañuelos descartables y consuelo hasta que el espasmo se calmó.

—¿Ves? —ella dijo—. Tu tos cree que es ruido.

—Bueno, ¿qué puedo hacer entonces? —preguntó Dubby, aburrido por cuatro días en la cama y agotado por la tos que todavía lo sacudía—. No puedo cantar y no puedo

tocar. Quiero hacer algo.

—Bueno —June buscó en los fértiles casilleros de su repertorio de niñera—. ¿Por qué no jugar como si esto fuera un zoológico? Inventemos animales. Creo que una jirafa verde con una fregona como cola y patines como pies estaría bien, ¿no?

Dubby consideró la sugerencia con solemnidad.

—Si tuviera batidores de huevo en lugar de orejas —dijo, demasiado consciente de las orejas, por el problema que tantas veces tenía con las suyas.

—Por supuesto que sí —dijo June—. Ahora juegas haciendo tanto ruido como un par de batidores.

—Un león —decidió Dubby, después de una fingida consideración—. Sólo que él tiene una bandera por cola, una bandera pirata, y viste un pijama amarillo y alas de avión que le salen de la espalda y sus orejas giran como hélices.

—Esa es una buena —aplaudió June—. El mío será un águila con alas de arcoíris y rosas creciendo alrededor de su cuello. Y lo único que come es el canto de los pájaros, pero los pájaros le tienen miedo y por eso tiene hambre casi todo el tiempo.

Dubby se rio.

—Juega un poco más —dijo, recostándose contra las almohadas.

—No, es tu turno. ¿Por qué no juegas tú solo ahora? Solo tengo que terminar mi trabajo de geometría.

El rostro de Dubby se ensombreció y luego sonrió.

—Bueno.

June volvió a la mesa, agradecida de que Dubby fuera un niño agradable y no como algunos de los mocosos que había conocido en su tiempo. Enroscó ambas piernas alrededor de las patas de su silla, pasando ambas manos por su cabello. Hizo una pausa antes de abordar el siguiente problema para mirar a Dubby. Una preocupación tiró de su corazón cuando vio cuán pálidos y delicados estaban sus rasgos. Parecía que cada vez que ella venía, él era más transparente.

Se estremeció un poco al recordar a su madre diciendo:

—Pobre niño. Nunca tendrá que preocuparse por la vejez. ¿Has notado sus ojos, June? Él tiene sabiduría en ellos, una sabiduría que ningún niño debería tener. Ha mirado

demasiado a menudo en el Valle.

June suspiró y se volvió hacia su trabajo.

El sistema de calefacción zumbó suavemente.

La señora Warren rara vez dejaba a Dubby porque él estaba enfermo la mayor parte del tiempo, y prácticamente nunca lo dejaba hasta que él se acomodaba para pasar la noche. Pero hoy, cuando June llegó a casa de la escuela, su madre le había dicho que llamara a la señora Warren.

—Oh, June —había apelado la señora Warren por teléfono—, ¿podrías venir ahora mismo?

—¿Ahora? —preguntó June, consternada, pensando en su cabello y uñas que había planeado hacer, y en la cita tentativa con Larryanne para escuchar su nuevo álbum.

—Odio preguntar —dijo la señora Warren—. No tengo paciencia con las personas que hacen arreglos de última hora, pero la madre del señor Warren está muy enferma de nuevo tenemos que ir a su casa. No confiaríamos a Dubby en nadie más que tú. Tiene otra bronquitis desagradable, así que no podemos llevarlo con nosotros. Llegaré a casa tan pronto como pueda, incluso si Orin tiene que quedarse. Está en allí ahora mismo, esperándome. ¡Así que, por favor ven, June!

—Bueno —June se derritió hasta las lágrimas con la voz de la señora Warren. Podría arreglarse el pelo, las uñas, y hasta terminar su trabajo de geometría en la casa de los Warren—. Bueno, está bien. Ya voy.

—Oh, Dios te bendiga, niña —dijo la señora Warren. Su voz se desvaneció del teléfono—. Orin, June ya viene... —y el auricular hizo clic.

—¡June!

Él debió haber llamado varias veces antes de que June comenzara a nadar de regreso a través de la sombría neblina del nuevo teorema.

—¡JUUNNEEEE!

La voz quejumbrosa de Dubby llegó hasta ella y suspiró exasperada. Casi había descubierto cómo solucionar el problema.

—Sí, Dubby.

La paciencia exagerada en su voz le indicaba su disgusto.

—Bueno —titubeó él—, ya no quiero jugar como si nada. He agotado todos mis pensamientos. ¿Puedo hacer algo ahora? ¿Algo de verdad?

—¿Sin levantarte del sofá? —preguntó June con cautela, sabia por la experiencia pasada.

—Sí —sonrió Dubby.

—¿Sin que me hagas ir y venir para traerte cosas? —preguntó ella, todavía cautelosa.

—Ajá —se rió Dubby.

—¿Qué puedes hacer realidad sin nada con qué hacerlo? —June preguntó con escepticismo.

Dubby se rió.

—Simplemente lo pensé —luego agregó, incapaz de contener su deleite—: Es realmente como un juego, pero voy a hacer algo que no es como nada real, ¡así que será verdad, porque no será como nada real!

—¿Eh? Di eso de nuevo —lo desafió June—. Apuesto a que no puedes hacerlo.

Dubby se retorció de emoción. Tosió tentativamente, descubrió que no era el preludio de una producción completa y dijo:

—No puedo decirlo de nuevo, pero puedo hacerlo, seguro. La última vez que estuve enfermo, inventé algunas palabras mágicas nuevas. Son realmente buenas. Apuesto a que funcionarán muy bien.

—Está bien, adelante —dijo June—. Solo espero que sea un juego tranquilo.

—Oh, es muy tranquilo —dijo Dubby en voz baja—. Voy a hacer un Devorador de Ruidos.

—¿Un devorador de ruidos?

Los ojos de Dubby brillaban.

—Sí. Se comerá todos los ruidos. Entonces puedo hacer mucho ruido, porque se lo comerá todo y hará que todo sea muy silencioso para que puedas hacer tu tarea.

—Eso es un gran golpe de tu parte, Podner —dijo June arrastrando las palabras—. Que

sea bueno, porque los niños pequeños hacen mucho ruido.

—Bueno.

Y Dubby finalmente se calmó y se recostó contra sus almohadas.

El sistema de calefacción zumbaba. El viejo frigorífico de la cocina se aclaró la garganta y añadió su chirrido a la voz de la casa. El reloj de la chimenea se cerró firmemente sobre sí mismo en la sala delantera. June estaba absorta en sus deberes cuando un movimiento en su codo hizo que levantara la cabeza.

—¡Dubby! —ella comenzó indignada.

—¡Shhh! —Dubby hizo una pantomima, con el dedo en los labios y los ojos muy abiertos por la emoción.

Se apoyó en June, su fiebre irradiaba como una pequeña estufa a través de su pijama y bata. Su respiración estaba pesada con el olor de la enfermedad cuando acercó la boca a su oído y apenas susurró.

—Lo logré. El Devorador de Ruidos. Ahora está dormido. No hagas ruido o te atrapará.

—Yo también te atraparé —dijo June—. Juega tranquilo pero vuelve a sentarte en ese sofá.

—Estoy demasiado asustado —suspiró Dubby—. ¿Qué pasa si toso?

—Toserás si... —June comenzó en un tono normal, pero Dubby se arrojó a su regazo y le tapó la boca con su pequeña mano caliente.

Estaba temblando.

—¡No! ¡No lo hagas! —suplicó frenéticamente—. Estoy asustado. ¿Cómo te deshaces un juego? ¡No sabía que funcionaría tan bien!

Hubo un choonk y un deslizamiento en la habitación del frente. June aguzó el oído, la alarma se agitó en su pecho.

—No seas tonto —susurró. —El juego no es real. No hay nada allí que pueda lastimarte.

Una repentina sucesión de sonidos musicales sobresaltó a June y arrojó a Dubby de nuevo a sus brazos, hasta que reconoció que el reloj del dormitorio de la señora Warren daba las siete, como de costumbre. Hubo un deslizamiento suave y prolongado

en la sala del frente y luego el silencio.

—Continúa, Dubby. Vuelve al sofá como un niño bueno. Hemos jugado bastante.

—¿Me acompañas?

June lo condujo delante de ella, sus rodillas golpeando su espalda reacia a cada paso hasta que pudo ver bien toda la sala. Luego suspiró y se relajó.

—Se ha ido —dijo normalmente.

—Seguro —respondió June—. Las cosas de juego siempre desaparecen—Ella lo arropó bajo sus mantas. Luego, como si esperara apartar sus miedos, y los de ella, discutiéndolo con calma—. ¿Cómo era?

—Bueno, tenía un cuerpo como la aspiradora de mamá, la que está en el suelo, y sus piernas eran como mi trineo, por lo que se podía deslizar por el suelo, y tenía una nariz como la manguera de la aspiradora, solo que él era capaz de hacerlo largo o corto cuando quería.

Dubby, sobrecargado, se reclinó contra las almohadas.

El reloj de la chimenea empezó a marcar la hora.

—Y tenía ojitos como la luz dentro del refrigerador.

June escuchó un golpe en la puerta del pasillo y miró hacia arriba. Luego, con los labios tensos por el miedo, él continuó:

—Y los oídos como antenas de televisión, porque necesita buenos oídos para encontrar los ruidos.

Observó, atónita, cómo un cuerpo metálico, redondo, se deslizaba por el suelo sobre el corredor brillante y se detenía frente al reloj que daba su sexto golpe.

La nariz larga y arrugada, con forma de tronco, en el frente de la cosa, brilló hacia arriba.

Luego se fundió en la caja del reloj.

Y el séptimo golpe nunca se oyó. Hubo un suave sonido de succión. Sobre la repisa de la chimenea, las manecillas del reloj descendieron silenciosamente hasta el fondo de la esfera. En el estrecho círculo de los brazos de June, Dubby gimió. Ella le tapó la boca con la mano. Pero sus hombros empezaron a temblar y puso sus ojos frenéticos y

suplicantes en ella cuando empezó otro ataque de tos.

No pudo controlarlo.

June trató de amortiguar el sonido con su hombro, pero sobre las convulsiones profundas y carraspeadoras, escuchó el choonk y el deslizamiento de la criatura. Gritó cuando sintió que le golpeaba la rodilla. Luego, el largo hocico le acarició el hombro y escuchó un suave siseo al tocar la garganta del niño que tosía. Agarró la cosa que vibraba horriblemente y trató de apartarla, pero la tos de Dubby se cortó en medio de un espasmo.

En el silencio repentino que siguió, oyó un gorgoteo como una pajita en el fondo de un vaso de refresco y Dubby se dobló sobre sí mismo como una bolsa de lavandería vacía. June trató de enderezarlo contra las almohadas, pero se deslizó hacia abajo.

June se puso de pie lentamente. Sus ojos aturridos vagaron como en trance hacia el reloj, luego hacia el sofá, luego hacia la cosa horrible que yacía a su lado. Sus ojos brillantes parpadeaban y sus oídos cambiaban de plano, probablemente para localizar el sonido.

Abrió la boca para dejar escapar el terror que oprimía sus pulmones, y su grito frenético coincidió con el estridente clamor del teléfono. El Devorador vaciló, luego se deslizó rápidamente hacia el timbre repetido. En la pausa posterior a los cuatro timbrazos el teléfono, se detuvo y June se tapó la boca con ambas manos, con los ojos dilatados por el terror.

June tomó a Dubby en sus brazos y retrocedió lentamente hacia la puerta principal. El hocico del Devorador se lanzó hacia el teléfono y el timbre se detuvo sin siquiera una resonancia.

El pestillo de la puerta principal dio un clic áspero bajo la mano temblorosa de June. Detrás de ella, escuchó el choonk y el horrible deslizamiento cuando el Devorador perdió interés en el teléfono silenciado. Se apartó de la puerta y se tambaleó y perdió el equilibrio bajo la carga inerte del cuerpo de Dubby. Cayó sobre una rodilla y tiró al niño al suelo con un golpe. El Devorador se deslizó hacia ella, deteniéndose en la puerta del pasillo, sus oídos inclinados y moviéndose.

June se puso de rodillas, mirando fijamente, con una mano atrapada debajo de Dubby. Tragó convulsivamente, luego retiró cautelosamente la mano. Tocó el pequeño pecho huesudo de Dubby. No había movimiento. Ella vaciló, indecisa, luego retrocedió, con los ojos fijos en el Devorador.

El corazón le latía con fuerza en la garganta ardiente. Su sangre rugió en sus oídos. La tela de su falda almidonada rasgaba la quietud. Las fibras de la alfombra murmuraron

bajo los dedos de sus pies. Ella trazó se movió apenas, lo suficientemente fuerte como para mantener la atención del Devorador, no para atraerlo hacia ella. Retrocedió cautelosamente hasta el rincón junto a la radio. Astutamente, extendió la mano y la encendió, girando el dial de volumen tanto como pudo.

El Devorador se deslizó tentativamente hacia ella con el clic del interruptor. June retrocedió lentamente, con los ojos fijos en la criatura. El repentino y loco estruendo de la radio le dio un golpe casi físico. El Devorador se deslizó cerca del gabinete vibrante, su hocico se levantó y bebió la horrible cacofonía del sonido.

June se abalanzó hacia la puerta principal, tirando frenéticamente del picaporte.

Tropezó hacia afuera, cerrando la puerta detrás de ella. Temblando, se secó el sudor de la cara con la parte inferior de la falda. Se estremeció en el frío agudo, escuchando la estridente efusión de la radio que retumbaba tan fuerte que ya no era inteligible.

Se arrastró sobre sus pies, haciendo una pausa indecisa, mirando alrededor de las casas apiñadas, cada una en su propio acre de césped. Todas estaban a oscuras en la tarde de principios de invierno.

June soltó un pequeño gemido y volvió a hundirse en los escalones de la entrada, abrazándose desesperadamente contra el frío penetrante. Pareció una eternidad hasta que la radio se cortó de repente. Con miedo, se levantó y apretó la cara contra uno de los cristales de la puerta. Vagamente pudo ver al Devorador, lento e hinchado, tendido en silencio junto a la radio. La histeria fue en aumento, pero resueltamente se contuvo las lágrimas.

Unos faros se encendieron a la vuelta de la esquina, brillando rápidamente a través de las ventanas en blanco de la puerta. El coche entró por el camino de entrada de los Warren y se detuvo con un deslizamiento de grava.

June se llevó las manos a la boca, segura de que incluso a través de la puerta cerrada podía oír el choonk y el deslizamiento de la cosa dentro mientras se movía de un lado a otro, buscando sonido.

La puerta del coche se cerró de golpe y unos pasos apresurados resonaron en el camino. June hizo movimientos salvajes de silencio con las manos mientras la señora Warren doblaba la esquina de la casa.

—¡June! —la voz de la señora Warren estaba entrecortada por la preocupación—. ¿Dubby está bien? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué le pasa al teléfono?

Buscó a tientas el pomo de la puerta.



—¡No, no! —June la empujó a un lado con brusquedad—. ¡No entre! ¡También la atrapará!

Escuchó un ruido sordo justo del otro lado de la puerta. Vagamente a través del cristal vio un parpadeo de movimiento cuando el hocico del Devorador se alzó y osciló hacia ellas.

—¡June! —la señora Warren la apartó de la puerta—. ¡Déjame entrar! ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?

La señora Warren se detuvo de repente, su rostro se puso blanco.

—¿Qué le has hecho a Dubby, June?

La niña tragó saliva por la conmoción de la acusación.

—No he hecho nada, señora Warren. Él fabricó un... un... Devorador de Ruidos y... eso...

June se apartó del repentino resplandor de los ojos de la señora Warren.

—¡Aléjate de esa puerta! —el rostro de la señora Warren era el de una extraña, sus palabras frías y cortantes—. Te confié a mi hijo. Si algo le ha pasado...

—¡No entre! —June agarró histéricamente su abrigo—. ¡Por favor, espere! Vamos a...

—¡Ya basta! —la voz de la señora Warren chirrió entre sus dientes apretados—. ¡Déjame entrar!

Su mano se extendió y el crujido de su palma contra la mejilla de June fue repetido por un choonk dentro de la casa. June se tambaleó por el golpe, pero se aferró al pasamanos.

La señora Warren la empujó por los escalones de la entrada y tocó el pomo, gritando:

—¡Dubby! ¡Dubby!

June, trepando los escalones sobre manos y rodillas, vislumbró algo flotando que se elevaba y se balanceaba como una cobra, esperando. La puerta se abrió violentamente a un lado cuando la señora Warren tropezó hacia el interior. Sus gritos cesaron de repente en sus labios flácidos cuando vio a su hijo acurrucado junto al sofá.

Ella jadeó:

—¡Dubby!

Lo levantó en sus brazos. Su cabeza rodó flojamente contra su hombro.

—¡No, no, no! —se fundió en gritos medio articulados mientras lo abrazaba.

Detrás de la puerta principal se oyó un choonk y un deslizamiento.

June se abalanzó hacia adelante y agarró la cosa que se acercaba y apuntaba al dolor histérico de la señora Warren. Sus manos se cerraron alrededor de ella convulsivamente, todo su peso se arrastró hacia atrás, pero tenía una fuerza que no podía igualar.

Entonces, desesperadamente, con los puños apretados, los ojos cerrados con fuerza, gritó y gritó y gritó.

El hocico se enroscó perezosamente alrededor de su garganta, pero ella se abrió camino casi hasta la puerta principal antes de que la cosa la sostuviera, llevando su cuerpo a un ángulo imposible y acallara sus gritos frenéticos. Allí, el Devorador bebió el último sorbo de los latidos de su corazón, y la dejó caer.

La señora Warren miró con incredulidad el cuerpo de June y la horrible criatura que parpadeaba y movía sus antenas inquisitivamente. Con un grito ahogado, la cosa dejó caer el cuerpo de June al suelo sin hacer ruido.

El refrigerador de la cocina se aclaró la garganta y el Devorador se apartó de June con un golpe y se alejó, cruzando hacia la cocina. Retrajo su hocico y se deslizó hacia atrás del refrigerador. Yacía en silencio, moviendo las orejas de un lado a otro.

El termostato del comedor hizo clic y el calefactor empezó a zumbar. El Devorador se deslizó hasta la pared. Su hocico se extendió y se estrechó hasta deslizarse por las rejillas del calefactor. El zumbido se ahogó abruptamente.

Luego hubo silencio, profundo e ininterrumpido hasta que el Devorador inclinó las orejas y se deslizó hacia la señora Warren.

En tal silencio, incluso un pulso era ruido.

Hubo un sonido como una pajita en el fondo de un vaso de refresco.

La quietud se rompió con el estruendo de una sirena en la carretera principal a cuatro cuadras de distancia.

Se oyó un choonk y un deslizamiento y el golpe metálico de gente que subía corriendo

los tres escalones de la entrada.

Una casa tranquila en una calle tranquila.

Silencio.